

843  
M.

PR 2349  
C 8  
56



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid. Año de 1906. Imprenta  
de Antonio Marzo, San Ber-  
menegildo, 32 dupdo, Tel. 1.977



## EL PADRE

COMO estaba empleado en el Ministerio de Instrucción Pública y vivía en Batignolles, tomaba todas las mañanas el ómnibus á la misma hora para ir á la oficina. Y todas las mañanas iba en el mismo coche sentada frente á él, hasta el centro de París, una muchacha, de la cual se prendó.

Era una morenita de las que tienen los ojos muy negros, ojeras muy pronunciadas, como dos manchones, y un cutis pálido, con reflejos de marfil viejo.

Diariamente la veía revolver la misma esquina y tomar la misma calle, corriendo hasta que alcanzaba el pesado vehículo.

Corría presurosa, con ligereza, con gracia, y de un salto se ponía en el estribo antes de que se detuvieran los caballos. Luego entraba en el interior



un poco agitada, respirando con afán, y después de sentarse tranquilamente, revolvió los ojos mirando en torno para reconocer cuanto la rodeaba. Era puntual siempre, obligada por sus ocupaciones en un almacén de novedades.

Desde la primera vez que la vió correr airosamente y subir al ómnibus de un salto, Francisco Tessier convencióse de que la muchacha le agradaba extraordinariamente.

No es cosa rara que una mujer, presentándose de pronto á nuestra vista, nos impresione de tal modo que sintamos deseos irresistibles de oprimirla entre los brazos, como si de toda la vida la conociéramos y la estimáramos.

Aquella muchacha reunía todas las condiciones imaginables para satisfacer, como ninguna otra, los íntimos deseos del empleado, sus ansias infinitas, sus anhelos, el ideal amoroso que guardamos en lo más profundo, en lo más ignorado á veces de nuestro corazón.

La miró fija, obstinadamente, á su pesar. Contrariada por la insistencia de aquel hombre, ruborizóse la muchacha, y advirtiéndolo él, para no serla desagradable ni molesto, quiso apartar los ojos; pero á cada punto los clavaba de nuevo en ella, sin que toda su voluntad bastase para evitarlo.

A los pocos días, y sin haberse dirigido la palabra, tratábanse amistosamente. Francisco Tessier cedía su asiento á la muchacha cuando estaba lleno el ómnibus y subía desolado á la imperial, privándose de verla por servirla. Ella le saludaba ya con una tenue sonrisa; y aun cuando bajaba los ojos al sentir la mirada provocativa y ardiente del hombre, aquella obstinación constante no pareció desagradarla.

Por fin hablaron, y establecióse al punto entre los dos una intimidad rápida, una intimidad que los unía durante media hora. Era para el empleado aquella media hora la más feliz de su vida. No pensaba en otro asunto, rumiándola sin cesar durante su permanencia en la oficina, reviviéndola constantemente de día y de noche, obsesionado, poseído, rebotando en el delirio insistente y tenaz que nos hace sentir el recuerdo amoroso de una mujer deseada.

Parecíale que la posesión completa de aquella criatura encantadora sería para él un goce absoluto, incomparable á todo goce humano.

Ya se despedían todas las mañanas dándose un apretón de manos, y Francisco Tessier conservaba la sensación de aquel expresivo contacto; imprimían un recuerdo profundo en su carne los dedos



primorosos y suaves; le parecía conservar sobre la piel una huella profunda.

Aguardaba sin cesar, ansiosamente, durante horas y horas, que llegara el momento feliz de subir al ómnibus, para gozar de nuevo las dulzuras de aquel repetido y corto viaje. Los domingos le parecían tristes y angustiosos.

También ella le quería sin duda, porque al ser invitada por él un sábado, en primavera, para ir al día siguiente á pasear por el campo y á comer en Maisons-Laffite, aceptó.

\* \* \*

A pesar de que Francisco Tessier llegó temprano á la estación, ella le aguardaba ya.

Sorprendióse al verla tan madrugadora, y la muchacha le dijo:

—Antes de seguir adelante, necesito hablar con usted. Faltan aún veinte minutos y hay tiempo de sobra.

Apoyó su mano temblorosa en el brazo del hombre, y palideciendo, bajando los ojos, prosiguió:

—No quisiera que usted me juzgara mal. Soy una mujer honrada, y no le acompañaré, no puedo acompañarle, si no me promete, si no me jura no

intentar... no intentar nada... que no sea... que no sea... decente.

Al pronunciar la última palabra se ruborizó de tal modo que sus mejillas parecían dos amapolas. Hubo un silencio. Tessier no sabía contestar, dichoso y desasosegado á un tiempo. En lo más íntimo de su corazón, tal vez le halagaba lo que oía; y, sin embargo... como la noche antes habíase dejado acariciar por esperanzas que abrasaron sus venas... era una decepción para su deseo. Seguramente la querría menos juzgándola fácil y complaciente; pero, en aquellos instantes, ¡fuera tan delicioso, tan dulce para él! Todos los cálculos egoístas que inventa la imaginación de los hombres en asuntos de amor, le preocupaban, seduciéndole.

No sabía qué responder á la muchacha, y ella cortó el silencio, hablando conmovida, con los ojos inundados de lágrimas:

—Si usted no me promete portarse dignamente conmigo, no abusar de mi confianza, me vuelvo ahora mismo á mi casa.

Entonces Tessier, oprimiéndole amorosamente un brazo, respondió:

—Se lo prometo; no me propasaré lo más mínimo; usted hará lo que le plazca.

Casi del todo tranquila, ella preguntó, sonriente:



—¿De veras?

El hombre la miró á los ojos mientras decía con toda sinceridad:

—¡Se lo juro!

—¡Vamos á tomar los billetes y al tren!—dijo ella.

Por el camino apenas hablaron. El vagón en que viajaban iba lleno, prestándose poco á conversaciones íntimas y amorosas.

Al apearse luego en Maisons-Laffitte, se dirigieron hacia el Sena.

El aire tibio, primaveral, emperezaba los cuerpos y las almas. El sol caía de lleno, á plomo, sobre la superficie tersa del río, sobre la verdura oscilante y sobre la hojarasca movable de las riberas, y provocaba, con sus reflejos, encantos y alegrías.

Tessier y la muchacha iban cogidos de la mano, bordeando la corriente, viendo los pececillos que se deslizan presurosos entre dos aguas. Iban satisfechos, inundados por un goce inmenso, á impulsos de una felicidad infinita, que no les dejaba sentir la tierra bajo sus pies, como si los hiciera flotar en el aire.

Al fin, ella dijo:

—¡Debo parecerle á usted una locuela!

Y él preguntó:

—¿Por qué motivo?

La muchacha insistió:

—¿No es una locura venirme á pasear con usted, como he venido, sola?

—¡Eso es muy natural!

—No, no es natural; no debí hacerlo. Me propuse no ser mala, no faltar á mis deberes, no caer en el vicio... Y, así empezaron todas las infelices. ¡Así empezaron! Pero, ¡si usted supiera! ¡Es tan triste vivir haciendo siempre lo mismo! Todos los días lo mismo; todos los días del mes y todos los meses del año. ¡Aburre; cansa!... Yo vivo con mi madre. La pobre tiene muchas penas y nunca está para bromas. Pero, á pesar de todo, yo procuro reír y hago lo posible para divertirme y alegrarme. No siempre lo consigo... ¡lo consigo muy pocas veces! Hoy mismo vine para distraerme... y comprendo que hice mal. Le ruego que no me juzgue casquivana... Trátame bien...

De pronto, el hombre la besó en una oreja. La muchacha se apartó bruscamente y, enfadándose, dijo:

—¡Ah! ¡Señor Tessier! Pronto ha olvidado su promesa y su juramento.

Silenciosos, regresaron hacia Maisons-Laffite. Almorzaron en el «Petit-Havre», que sólo tiene



piso bajo, construido junto al agua y oculto entre cuatro álamos enormes.

El calor, el aire libre, los vapores del vinillo blanco y la turbación de verse juntos allí, solos en tan apartado lugar, sofocablos, oprimíanlos, ahogaban sus pensamientos. Ni á él ni á ella se les ocurría nada que decir.

Pero después de sorber el café sintieronse de pronto envueltos en una racha de alegría; y habiendo pasado al otro lado del río, lo bordearon, dirigiéndose al pueblo de La Frette.

No hablaban aún. De repente, al hombre se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

Y ella respondió con voz suave:

—¡Luisa!

—¡Luisa, Luisa!—repitió Francisco.

Y volvieron á quedar silenciosos.

El río describía una curva muy amplia, reflejando á lo lejos una hilera de casitas blanqueadas, que parecían inclinar la cabeza sobre la corriente para ver mejor su imagen. La muchacha iba cogiendo margaritas y otras flores campestres de largos tallos, formando un grueso haz; y el hombre cantaba desafortadamente con toda la fuerza de sus pulmones, ebrio de alegría, como un potro que abandona

la cuadra para salir al prado. Viñedos y más viñedos extendíanse á su izquierda; pero al fin el paisaje le ofreció un aspecto diferente. Detúvose Tessier, admirado, sorprendido, lleno de asombro, y dijo:

—¡Ah! ¡Vea usted! ¡Vea usted!

Allí acababan los viñedos, cubriéndose toda la ribera de lilas en flor. Era un bosque violáceo, una especie de alfombra floreciente y perfumada, tendida sobre dos ó tres kilómetros de tierra, llegando hasta el pueblo de La Frette.

También Luisa quedóse admirada, y murmuró:

—¡Qué delicioso!

Corrieron á través de los campos, dirigiéronse hacia la espléndida colina, que proporciona todos los años á las vendedoras ambulantes de París las cargas de lias que pasean por las calles en sus carritos.

Una vereda muy angosta se perdía entre los arbustos. Encamináronse por allí, avanzando hasta llegar á una plazoleta, donde se sentaron.

Legiones de moscas revoloteaban zumbando sobre sus cabezas, agitando el aire con una especie de ronquido sordo y continuado. Y el sol espléndido, el sol abrasador de una tarde sin brisa, inundando la ribera en la calma del ambiente, desprendía



del bosque florido aromas penetrantes, algo así como el poderoso aliento perfumado de la tierra fecunda.

Oyóse vibrar á lo lejos la campana de una iglesia.

Y suavemente, místicamente, la mujer y el hombre se besaron, se oprimieron, reclinándose con ternura sobre la hierba, inconscientes, ajenos á todo, con ansia de caricias y de amor.

Ella, con los ojos entornados, le abrazaba estrechamente, sin preocupación, sin propósito, sin ideas, con la razón desvanecida, por instinto, sintiéndose inundada por un deseo apasionado. Y se ofreció, entregándose á él, sin darse cuenta de lo que hacía, sin reflexionar, sin advertir nada, sin comprender siquiera la emoción, el encanto de su abandono.

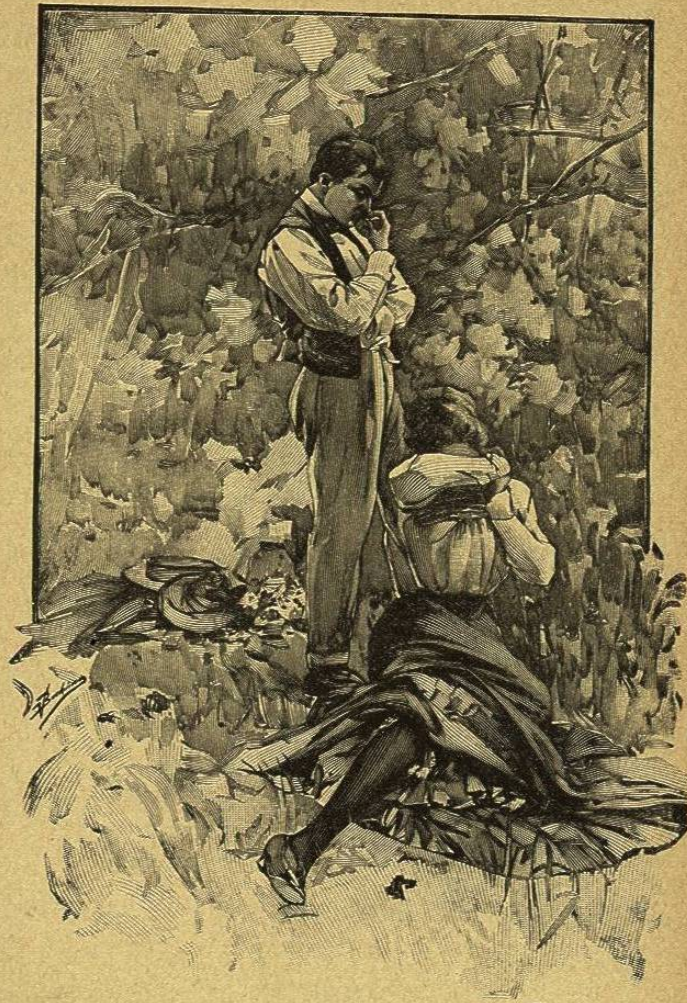
Y al despertar luego, con el estremecimiento que advierte de las irremediables desdichas, lloró, gimió dolorida y angustiada, cubriéndose la cara con las manos.

Él quiso inútilmente consolarla; pero ella no le atendía, pensando sólo en huir de aquel sitio, en volver á su casa lo antes posible.

Y apresurándose, andando ansiosamente, repetía incesante:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Él suplicaba:





—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Te lo ruego! ¡No te vayas! ¡Aún es temprano! ¡Espera!

Luisa tenía los pómulos arrebolados y los ojos hundidos.

Al verse ya en la estación de París, apartóse de su amante sin despedirse; ni siquiera le dijo ¡adiós!

\*  
\* \*

Al día siguiente, cuando se vieron como todos los días en el ómnibus, ella parecía otra mujer: paliducha y enflaquecida. Y dijo á Tessier:

—Es necesario que hablemos.

Al apearse los dos en el bulevar, ella le dijo:

—Después de lo que ha sucedido, no debemos volver á vernos. Despidámonos para siempre.

Y él balbuceó:

—¿Por qué?

—Porque resultaría muy violento para mí encontrarme con usted. He sido culpable. Cedió sin saber cómo. He sido culpable, pero no volveré á serlo.

Entonces el amante suplicó, imploró, torturado por los deseos, aturdido por el ansia de poseerla, de gozarla en el abandono absoluto de las noches de amor.

Ella repetía obstinadamente: